

flama hubiese mirado al insecto, creyera sin duda descubrir entre el temblor de aquellas alas doradas, alguna de esas cifras tremendas, reveladoras del destino.

—Chirinos!—gritó Negromonte;—acercáos.

El factor obedeció.

—Vais á recobrar vuestros ducados,—le dijo,—y vos tambien,—añadió tocando con la extremidad de su dedo el pecho del veedor.

—Voy creyendo en vos,—dijo Salazar, en cuya faz se retrató el contento de la avaricia satisfecha:—y cuándo lograremos?.....

—Hoy mismo, si teneis prisa.

—Hoy mismo!.....

—No es necesario para que recobreis vuestro dinero que ese hombre muera. En este instante le tendreis, aquí mismo, sin que os falte un solo maravedí. Ahora, necesito unas firmas.

Negromonte sacó de su escarcela dos pergaminos, que entregó á Salazar.

—Son,—dijo,—dos nombramientos para Villaroel y Vazquez de Tapia. Quiero que marchen para la península, cuando hayamos revocado los poderes de Montejo y de Ocampo. Traigo aquí lo necesario,—añadió sacando un tintero de cuerno y una pluma.

Salazar firmó sin titubear. Chirinos, antes de trazar su nombre, preguntó á Negromonte:

—¿Y de qué medios disponeis para obrar con semejante confianza? Nos habeis hablado de víctimas; ahora, explicadnos, ¿de qué diablos pueden servirnos esas muertes, si mientras no tengamos lanzas nada somos para los indios?

—Las tendremos cuando muera Mendoza, replicó Negromonte. El verdadero dueño de esa fuerza, el que tuvo la paciencia de organizarla, el que pagó los gastos de viaje y de armamento, el que las ha aguerrido en continuas escaramuzas con los bárbaros, el que les ha permitido el asesinato, el incendio y el pillaje, y les ha dado nombre y fortuna, está ligado con Mendoza por los lazos de una vieja amistad, que una vez rotos por la muerte, le quitarán el único inconveniente que le detenía para abandonar las filas de Albornoz y de Estrada. Cuento, además, con hombres fieles y resueltos mezclados con las gentes de Tapia, de Mendieta y de Francisco de Medina. ¿Quereis saber mas? Yo mismo cuento con un centenar de hombres, cada uno de los cuales, como os dije, vale por veinte de los vuestros, aunque no fuera sino por el aspecto de sus rostros y el terror de sus nombres. Veo que Chirinos, y vos mismo, Salazar, dejais trasparente un pensamiento de duda.....

—Nos habeis sorprendido, dijo Chirinos. La hora, el ánimo en que nos tiene nuestra situacion, vuestra tal cual facilidad para hablar, el ser dueño de un secreto que har-to nos tiene horrorizados, y, en fin, el falso brillo de vuestros planes y vuestra audacia, hicieron en nuestro espíritu un efecto momentáneo. Ha pasado; estamos serenos, y comienzo á dudar de todo. Os he ofrecido sacrificar hasta lo que miro como el lazo sagrado que me une á la existencia: Isabel. Ahí está; despues de eso puedo firmar, si lo exigís, el pacto de mi condenacion..... pero necesito pruebas; y pruebas claras como la luz, para no tomar vuestras palabras como las de un delirante ó las de un charlatan cualquiera. Llevadnos mañana á ver á esos hombres, los veremos obedeceros, y entonces.....

—Sereis míos?.....

—Vuestros,—dijo Chirinos.

—Vuestros..... seais quien fuéreis,—dijo Salazar encogiendo los hombros, y viendo con desconfianza á Negromonte.

Este sonrió de una manera diabólica,—sacó de su escarcela un silbato, y dijo presentándoselo á Chirinos:

—Tendreis, en primer lugar, una prueba de lo que vale mi canalla;—tocad eso.....

Chirinos, despues de titubear algunos momentos, le acercó á sus labios.

—Qué esperais? preguntó Negromonte.

Entonces Chirinos sopló con fuerza en el silbato.

Casi al mismo instante resonaron unas pisadas sordas en el fondo del aposento. Salazar y Chirinos se estremecieron, interrogando con las miradas aquel punto donde creian ver de par en par las puertas de una lobreguez fria y pavorosa.

De repente apareció una figura corpulenta, de rostro negro como la noche.

—Acércate,—le dijo Negromonte.

Salazar y Chirinos, que hasta entonces habian permanecido mudos por el espanto, exclamaron retrocediendo:

—Jesus!..... Lázaro el negro!

—Que traigan aquí el cofre,—dijo Negromonte al hombre que acababa de llegar.

Este salió. El factor y el veedor le siguieron hasta la puerta con las miradas, y cuando hubo desaparecido, preguntó el primero:

—De dónde salió ese hombre?..... quereis decirme?

—Ya lo estais viendo.

—Mirad que nuestra fe cristiana y una larga experiencia nos impiden dar crédito á las cosas que aquí estais representando. Ese hombre ha entrado por la puerta.

—Bah! no me parece que se necesita un don sobrenatural para saberlo. Ha entrado por la puerta; y bien, le visteis cuando entró?

—No..... pero.....

—Lo celebro. Eso indica lo que he tenido el gusto de deciros acerca de la habilidad de esa gente. Detrás de Lázaro se hubiera colado una legion entera, con la misma facilidad, sin que ni yo mismo los hubiera sentido; que os baste el ejemplo de uno solo. Ahora, os voy á dar pruebas de la seguridad de mis promesas.

Se abrió la puerta y apareció el llamado Lázaro guiando á un grupo de otros seis hombres tambien negros y hercúleos que traian en peso una arca de encino con cinchos de hierro. La colocaron á los piés de Negromonte, y se volvieron, desapareciendo por la puerta como esas figuras de la magia que se pierden por la garganta de un dragon abierta para recibirlos.

—Abrid eso,—dijo Negromonte.

Salazar se inclinó sobre el arca, levantó la tapa, y dió un grito de alegría. El arca estaba repleta de pesos de oro que brillaban como si despidiesen flamas. Tambien las pupilas de Chirinos despidieron rayos desconocidos, que cruzándose con los reflejos del arca, se estrecharon con el abrazo impuro de la codicia.

—Podeis firmar?—preguntó Negromonte.

Chirinos tomó la pluma, y con pulso trémulo describió las letras de su nombre.

—Soy vuestro,—dijo tendiendo su mano á Negromonte.

—Y yo,—repitió Salazar, imitando al factor.

—Y yo de vosotros,—dijo Negromonte estrechando contra su corazón aquellas manos que estaban heladas.—Tened confianza; la hora suprema del destino acaba de sonar para nosotros. Puesto ya el pié sobre la entrada, aun teneis tiempo de volver sobre vuestros pasos y tomar la senda que os parezca menos tenebrosa; la nuestra, os lo confieso, está rodeada con las frias sombras de la eternidad y del silencio. Allí pisareis sangre que hace resbalar al viajero y le desvanece con sus acres emanaciones. Aspirareis un aire viciado por los despojos de la muerte; vereis vibrar como el relámpago el puñal que busca vuestros corazones; y solo escuchareis el trueno de una maldición ó los postreros gemidos de una víctima. Y ¡ay del que tiemble! pero tenemos ese espíritu que se cierne triunfante sobre las preocupaciones humanas, y relega al desprecio las vanas quimeras de esa vida que dicen se abre tras las paredes del sepulcro.....

Sabemos que los castigos y las recompensas eternas no han sido inventadas sino para servir de escudo á los dichosos de la tierra, contra los atentados de la codicia de los pobres. Sí; fueron inventados para que el hambriento y el desnudo, y el doliente y la doncella pobre, y la viuda sin hogar y el huérfano y todos los desheredados, contemplasen el despilfarro de los festines, los trages sembrados de perlas, el insultante regocijo de los poderosos, los vastos aposentos vacíos del alcázar, la pompa de los templos y las brillantes dilapidaciones de las prostitutas, y lo viesen todo sin odio, sin indignación, sin deseos siquiera, puesto que el deseo mismo es una especie de atentado.—Nosotros no nos dejaremos sorprender por ese miedo que han infundido en

las almas vulgares los sacerdotes impostores, cómplices eternos de los fuertes. No hay mas espacio para la esperanza, ni mas bien, que el que abarcan los estrechos límites del globo. Aquí está todo. Aquí nace uno, y aquí se desvanece, y nada sube al cielo sino el vapor hediondo que los rayos del sol arrancan de la sepultura.—Hay hombres que por haber dado crédito á los consejos de inexperimentados moralistas, pasaron los hermosos dias de la juventud sin osar mezclarse en los placeres con que los convidaba el mundo. Y estos hombres, cuando llegan á la edad de la sabiduría, lloran con lágrimas de rabia los desperdicios de esos años que huyen para no volver nunca. Así es la vida respecto de la muerte. Si hay un lugar adonde vuela el alma cuando la carne se aniquila, debe ser uno sombrío, donde penen las de los hombres ruines lamentando cada momento que robaron á la dicha en obsequio de una mentida gloria.

No hay mas gloria que lo presente. Una vez muertos, cae sobre nosotros el sello eterno de la nada. Los himnos ó las maldiciones de la posteridad no penetran en los oídos, repletos de tierra y de gusanos; las coronas ó las inmunidades son iguales para la frente insensible y extraña al pensamiento, y los túmulos donde el pincel graba nuestro nombre, y las flores con que la vanidad de un dolor pasajero adorna nuestra losa, nada son para los ojos vaciados por las sabandijas de la tumba.

En fin, el tiempo vuela, démonos prisa; rompamos atrevidamente por en medio de esta multitud que se agita enfrente de nosotros, y devoremos para que no nos devoren. Nada temamos; pongamos en juego todos los recursos de la fuerza y de la inteligencia, para conquistar la parte de botín que nos toca en el pillaje de la vida.

Y ¡ay del que tiemble!.....

En este momento se escuchó el chirrido del sebo; la pavesa cayó, y la luz, despues de elevarse y fluctuar un instante sobre un trémulo cordoncillo de humo, se extinguió, dejando el aposento envuelto en densas tinieblas.

Salazar y Chirinos, que habian dejado escapar la mano que oprimia las suyas, volvieron á buscarla, y nada encontraron. Llamaron varias veces á Negromonte, y no obtuvieron respuesta; ni la puerta se abrió, ni se oyeron los pasos, ni se notó nada que indicase la salida de una persona. Pasados unos cuantos minutos, dejóse oír por el fondo de la pieza la lejana voz de Negromonte, que repitió con ronca voz estas palabras:

—¡Ay del que tiemble!

—¡Ay de nosotros!—exclamó Salazar cayendo de rodillas.

—¡Ay de mi amor!—exclamó Chirinos arrojando suspiros que parecian sollozos.

Que dirá de qué manera, despues de qué, y por qué persona recibió Zapata la órden de quedar libre.

**D**ESPUES de atravesar por un patio de elevadas paredes, y por varios oscuros callejones donde apenas pueden salir dos personas de frente, se llega á una especie de hortaliza, tambien rodeada por muros de negridos, que dan al viento cenicientas guirnaldas de plantas silvestres.

En un ángulo de aquel recinto hay una puerta resguardada con planchas de hierro; detrás de aquella puerta se se descende por una rampa donde el aire es pesado y húmedo, y se llega á una reja cubierta de telarañas y de orin, que intercepta el paso de un aposento lóbrego parecido á una letrina.

Allí duerme, ó parece dormir un hombre; ese desdichado es Zapata.

—Ea!—le dice un carcelero moviéndole bruscamente con el pié;—¿no teneis ganas de comer, buen hombre?

El que así hablaba no tenia la facha conocida de los car-